

**DOMINGO II DESPUÉS DE NAVIDAD (B)**  
**Homilía del P. Manel Gasch, monje de Montserrat**  
**4 de enero de 2015**  
**Sir 24,1-2,8-12 / Ef 1,3-6.15-18 / Jn 1,1-18**

¿Os habéis preguntado alguna vez queridos hermanos y hermanas por qué el cristianismo es tan insobornable? Han pasado el Imperio Romano, la Edad Media, la Ilustración, la Revolución francesa, la modernidad, las dictaduras del proletariado, las guerras, y casi ha pasado ya la posmodernidad, y quince años ya en el siglo Vigésimoprimer, en pleno auge de lo que podríamos llamar fenómeno social del Papa Francisco, ser cristiano continúa e incluso para algunos vuelve a ser vigente. Las ideas, las tendencias, las personas, por importantes que fueran, han ido desapareciendo, han quedado como mucho en algún libro de historia, engullidas las unas por las otras... pero las palabras de Jesús no han pasado, tal como él dijo.

El cristianismo entendido como el seguimiento de Jesucristo, sólo se puede reclamar válido para todos los tiempos y personas si participa de Dios. Sólo en esta conexión puede haber explicación de que todo pasa y Cristo permanece. El evangelio de hoy, repetido tres veces en nuestra liturgia estas dos semanas últimas, el día de Navidad, el día 31 de diciembre y este segundo domingo de Navidad, nos habla precisamente de esta conexión entre Dios, Jesús de Nazaret, llamado el Cristo y el mundo, es decir nosotros. Y este evangelio nos dice tres cosas profundas, nucleares en nuestra fe: Que Dios existe y ha estado siempre presente en el mundo con su Palabra, que esta Palabra quiso hacerse hombre en Jesucristo y que a nosotros se nos propone reconocer estas verdades y se nos deja la libertad para hacerlo o no hacerlo.

Sobre la existencia de Dios, parece que una homilía en una celebración de la eucaristía no se debería hablar de algo tan fundamental como que nuestra fe comienza cuando decimos "Creo en un solo Dios". Sin embargo, decirlo, sinceramente y continuar diciendolo cada domingo, atravesando todos los momentos de la vida, es importante. De hecho, un conocido arzobispo nos decía en una ocasión visitando nuestra comunidad que el problema fundamental de nuestra sociedad y de nuestra Iglesia era "creer o no en Dios". El evangelio de hoy nos dice que este Dios es y existe y se expresa por una palabra, la que existe desde siempre y que está para siempre en Dios. Una Palabra que ya en el Antiguo Testamento estaba presente como una sabiduría que quería vivir en medio del pueblo judío, una palabra que en medio de un silencio tranquilo ya quería habitar el mundo.

Durante la liturgia de Navidad estamos repitiendo constantemente: La Palabra de Dios se ha hecho carne. Durante estos días de Navidad, he podido presenciar una escena divertida y llena de significado: un niño de cuatro años cogía el niño Jesús del pesebre y comenzaba a describir las partes del cuerpo sin ninguna censura y hasta se refería a algunas funciones propias de la naturaleza humana. En la figura de Jesús, mucho más cercana a la realidad del niño que a la nuestra, él veía reflejado su mundo, su humanidad. Pensé que no deberíamos perder nunca este punto de vista inocente, ya que a veces vemos a Jesucristo como alguien en el que la humanidad ha quedado medio escondida. Y reconocer que en esta humanidad, sencillamente reconocida como lo hacía el niño, está la Palabra de Dios. Nuestra inteligencia, nuestra creatividad no ha podido decir nada más importante de nadie. En Jesucristo se hace real algo que nos sobrepasa, algo más grande: Dios. Un motivo razonable en la actualidad perpetua y en la resistencia a todo soborno de la persona de Jesús de Nazaret y de su mensaje, es que Jesús es este hombre en el que se ha encarnado la Palabra de Dios.

Y la tercera gran idea del evangelio de hoy es que esta Palabra de Dios, ha venido al mundo con plena conciencia de que la oscuridad, la falta de fe, la incapacidad de acogerla también eran propias del mundo. Ha venido al mundo precisamente para entrar en diálogo con todas estas realidades que desde siempre y hasta hoy necesitan el contacto sanador de Jesucristo, de su persona ejemplar, de su Espíritu, de su mensaje. Un diálogo pues siempre deja la opción a la oscuridad de seguir siendo oscuridad, pero que no deja de iluminar todo aquello que se deja iluminar. No perdamos de vista que su misión es iluminar a todos, y que quizás ha iluminado

algunas realidades en las que de entrada no reconoceríamos la luz. El diálogo con la oscuridad también significa escuchar y mirar todo nuestro entorno.

Que nuestro ser cristiano viva del contacto con Jesucristo, conscientes de que delante de él estamos ante Dios. Que cada uno en su vida encuentre este diálogo entre la oscuridad y la luz, entre la resistencia y el Evangelio, entre la cerrazón y la apertura a Dios, y vea cómo puede participar de la misión sanadora de Cristo a la que todos somos llamados como cristianos. Fundamentados en él, y a pesar de nuestros límites y dificultades, nunca superables del todo ya que aquí radica la diferencia entre Jesús y nosotros, podemos realmente participar también del mensaje insobornable del cristianismo, fuerza transformadora de la sociedad y de la persona.